

XIV JORNADA EPFCL-España. “EXILIOS DE LA PALABRA”.

Madrid, 16 marzo de 2019

EXILIADOS DEL DISCURSO – Antonio Heredia

La imposibilidad experimentada del discurso pulverulento es el caballo de Troya por donde entra, en la ciudad del discurso, el amo que es allí el psicótico.

J. Lacan, *El acto psicoanalítico. Reseña del seminario 1967-1968*.

Este trabajo pretende ser una continuación lógica de mi anterior trabajo, expuesto en las XVIII Jornadas de los Colegios Clínicos, celebradas en San Sebastián en mayo de 2018, el cual versaba sobre el narcisismo y su relación con la psicosis y finalizaba de esta manera: “El *trabajo de la psicosis*, sea o no bajo transferencia, tiene mucho de invención, pues parte de un *fuera de discurso previamente establecido*”.

Un aspecto que caracteriza el cuerpo del esquizofrénico es el sin-límite, el desborde, la ausencia de confines y, paradójicamente, también la discontinuidad y la fragmentación. Es un exiliado, pues, aunque de manera primordial, de todo discurso que regule los intercambios y los goces, y, por eso mismo, abocado, quizá, a ocupar un no-lugar en el campo del Otro y de los otros. Un pequeño botón de muestra aportado por el psicoanalista Éric Laurent: se trata de una anoréxica delirante que “no podía comer porque su cuerpo estaba totalmente abierto”. Cuando comía decía que comía el vacío que estaba a su lado, que ese vacío entraba en su boca¹.

En 1915, Freud² señalaba el particular uso del lenguaje que hace el esquizofrénico, que no duda en calificar de alteraciones, sobre todo en los estadios iniciales, como, por ejemplo, un modo rebuscado o amanerado de hablar, cuyas frases -afirma- “sufren una peculiar desorganización sintáctica que las vuelve incomprensibles”. Lo más interesante es que estas alteraciones están íntimamente ligadas con el vivenciar y el pensar que tiene el parafrénico sobre su propio cuerpo: “muchas veces pasa al primer plano una referencia a órganos o a inervaciones del cuerpo”, nos dice Freud. Creo que estas reflexiones freudianas apuntan de manera directa a lo que más tarde Lacan definirá como el *fuera de discurso* de las psicosis, en cuanto a sus efectos en el cuerpo.

Cuerpo y lenguaje. O, para ser más precisos, lenguaje y cuerpo, ya que el primero precede al segundo. El cuerpo verdadero es el cuerpo del lenguaje – “cuerpo sutil, pero cuerpo³” - sostiene Lacan en *Función y campo de la palabra*. Es pues el cuerpo de lo simbólico el que, al tomar cuerpo, hace al cuerpo del *parlêtre*, del ser hablante⁴. Este “tomar cuerpo” no es, desde

¹ Laurent, É., *Estabilizaciones en la psicosis*, Buenos Aires, Manantial, 1991, p. 37.

² Freud, S., “Lo inconsciente” (1915), en *Obras completas*, t. XIV, Buenos Aires, Amorrortu, 1992, p. 194.

³ Lacan, J., « Fonction et champ de la parole et du langage en psychanalyse », *Écrits*, Paris, Seuil, 1966, p. 301.

⁴ Soler, C., “El cuerpo en la enseñanza de Jacques Lacan” en *Estudios de Psicología*, 1993, vol. 1, p. 97 (p. 2).

luego, sin efectos. Comporta una pérdida, una pérdida de vida y de goce. Puesto que el significante no puede cubrir ni dar cuenta de todo lo real, algo se pierde indefectiblemente y para siempre.

¿Qué son los discursos y qué implica estar fuera del discurso? El discurso para Lacan es ante todo un artefacto, una “pequeña máquina”, de estructura cuaternaria, que pone en relación cuatro lugares, ocupados por uno de los siguientes elementos: S1, S2, *a* y S, cuya combinatoria es limitada. Dependiendo de cuál sea el elemento que ocupe el lugar del agente, también llamado del semblante, tendremos cuatro discursos: el discurso del amo, el discurso histérico, el discurso universitario y finalmente el discurso analítico, donde el objeto *a* ocupa el lugar del semblante. Si partimos del discurso del amo o del inconsciente, estas cuatro letras a la vez que instituyen al sujeto producen el objeto causa de deseo. En palabras de Lacan, “en el preciso instante en que interviene S1 en el campo ya constituido por los otros significantes (...) que se articulan entre ellos como tales (...) surge esto, S (...) el sujeto en tanto dividido (...) Y de ese trayecto surge algo definible como una pérdida, el objeto *a*⁵”.

El discurso funda el lazo social, al que se “someten los cuerpos que, a este discurso, *lo abitan*⁶”- precisa Lacan en *L'Étourdit*. Al producirse esa pérdida -que tiene una doble vertiente; por un lado, extracción de goce como se apuntaba anteriormente, pero por otro es causa de un plus, del *plus-de-jouir* o plus de gozar-, el discurso opera la separación de cuerpo y goce. Es decir, todo discurso establecido es solidario de un efecto de castración, y regula y ordena, de ese modo, los intercambios sociales. Los objetos plus-de-goce, aunque fuera del cuerpo, se organizan en torno a las zonas erógenas y dan soporte y coartada al fantasma del sujeto.

El *dicho esquizofrénico* está fuera de todo discurso establecido, de ahí que el llamado *lenguaje de órgano* tome el relevo⁷ (recordemos que el psicótico está fuera del discurso, pero no del lenguaje). Así pues, en el sujeto esquizofrénico no ha tenido siquiera lugar la simbolización primordial⁸, aquella que simboliza el Deseo de la Madre sobre el que opera la Metáfora Paterna. En el entramado de los significantes, los vacíos son igual de importantes que los llenos, y es “la hiancia de un vacío lo que constituye el primer paso de su movimiento dialéctico [el del orden simbólico]”. De ahí la insistencia, según Lacan, que tiene el esquizofrénico en reiterar, en vano, ese paso, ya que para él “todo lo simbólico es real⁹”.

En la esquizofrenia, en efecto, todo lo simbólico es real. La lengua del sujeto está hecha de palabras reales, es decir, de palabras-órgano, de órganos parlantes. Es el inconsciente real, idéntico al cuerpo hablante, salvo que, eso sí, no hay una elucubración de saber¹⁰. El sujeto esquizofrénico sufre la invasión del significante en lo real, significantes S1 en enjambre, al no haber encontrado una solución que en su caso sólo puede ser original, sin el auxilio de ningún discurso.

⁵ Lacan, J., *El Seminario. Libro XVII. El reverso del psicoanálisis*, Buenos Aires, Paidós, 2008, p. 13.

⁶ Lacan, J., « L'Étourdit », en *Autres Écrits*, Paris, Seuil, 2001, p. 474.

⁷ *Ibid.*

⁸ Lacan, J., « Réponse au commentaire de J. Hyppolite sur la *Verneinung* », en *Écrits*, Paris, Seuil, 1966, pp. 392 y ss.

⁹ *Ibid.*

¹⁰ Gault, J.-L. « Le corps parlant du schizophrène », *La Cause Du Désir*, 2015/3 (N° 91), pp. 61-64.

Bernard Nominé considera que, aunque en el esquizofrénico la incorporación de lo simbólico no esté nunca lograda, eso no impide que, a diferencia del autista, tenga un cuerpo, aunque sea a trozos, y el penoso trabajo que pone en marcha para ubicar el goce de su cuerpo bajo una forma aceptable para el Otro lo lleva a cabo siempre sin el recurso al falo¹¹. El falo es un mecanismo de suplencia, que opone “a un vacío, a un imposible, a un real – el de la no-relación sexual- una estructura simbólica perfectamente constituida¹²”.

En la paranoia el cuerpo del sujeto parece, en principio, más a resguardo de los embates de los significantes fuera de cadena, en lo real. Las estructuras imaginarias tienen en él cierta prevalencia, aunque de manera precaria. Sin embargo, en muchas ocasiones el paranoico está lejos de encontrar el mínimo sosiego, precisamente, en lo que a su cuerpo se refiere. Dan buen testimonio de ello las *Memorias* del presidente Schreber.

¿Hay algún lugar para el psicótico en la “ciudad del discurso”? En este trabajo nos preguntamos qué puede aportar el psicoanalista, con su saber-hacer, con su presencia y con su palabra, a fin de que el sujeto psicótico pueda hacer de ese exilio radical un lugar más habitable.

Advirtamos que, si están por estructura fuera del discurso, eso no quiere decir que no entren en relación con sus semejantes, que queden siempre por fuera de las referencias de los cuatro discursos, “la vida cotidiana y la clínica de los sujetos psicóticos nos muestran que entran en relación”¹³, como afirma Antonio Quinet. Y es evidente que muchos se las arreglan bastante bien en su exilio.

Sin embargo, hay sujetos que parecen abocados a padecer el no-lugar en el campo del Otro – es, por ejemplo, el miedo de Schreber al dejar de oír las voces que lo asedian, y quedar de ese modo reducido a ser un mero objeto caído de las manos del Otro. Y en estos casos, ¿qué lugar hay también para el analista y para la clínica psicoanalítica? En la transferencia psicótica, los lugares se invierten; es el analizante el que ocupa el lugar de saber, ubicándose del lado del objeto *a*. “El sujeto psicótico trata de sostener un nuevo orden del discurso¹⁴” y sitúa al analista en una posición de testimonio. El analista queda en posición de S, y podría decirse que hay dos tentaciones: quedarse hipnotizado ante los dichos del paciente u ocupar el lugar del amo, del Otro oracular y perseguidor, cuando no es empujado por el propio sujeto a ello, en la transferencia delirante, erotomaníaca y/o persecutoria. Se impone, pues, desde el principio, que el analista, en lo posible, ocupe en el análisis el lugar del semejante, del “pequeño otro.”¹⁵

El psicoanálisis implica una ética de la diferencia, de la diferencia absoluta, una ética de lo particular. De ello se desprende que el abordaje de las psicosis no se hará sino en lo particular de cada uno, en el caso por caso. Freud decía que el analista con cada nuevo caso debe poner a prueba el edificio entero de la teoría psicoanalítica, reinventar la clínica.

¹¹ Nominé, B., « Quand le corps souffre du langage. Étude comparée de l'autisme et de la schizophrénie », *La lettre de l'enfance et de l'adolescence*, 2004/4 (n° 58), pp. 19-26.

¹² Fierens, C., « Comment faire avec le dit schizophrène ? », *Essaim*, 2014/2 (n° 33), pp. 107-118.

¹³ Quinet, A., *La cité et ses maîtres fous*, Paris, Stilus, 2017, p. 6.

¹⁴ Laurent, É., *Estabilizaciones en la psicosis*, Op. cit., p. 33.

¹⁵ Bulat-Manenti, G., « Le sujet psychotique en analyse », *La clinique lacanienne*, 2009/1 (n° 15), p. 101-114.

Clínica, acto y contingencia.

El dispositivo analítico necesita de la presencia del cuerpo del analista, de su *savoir-y-être*, y de un *acto*, de un *decir* (y no de un dicho) que, en la contingencia, pueda servir de barrera o de orientación de un goce no metaforizado por el significante, y por otra parte confiar en que el sujeto psicótico, en este caso, comience, quizá, la construcción de un nuevo discurso, de un nuevo saber, bajo transferencia. El *decir del analista*, en su encuentro con los sujetos psicóticos, excluye la interpretación, pues ésta quedará siempre del lado del sujeto. “El analista (...) será interpretado en todas sus palabras, en todas sus intervenciones; será incluso vigilado, asignado a un lugar”¹⁶, nos recuerda Colette Soler, pero hay otras formas posibles de intervención.

No hay ningún goce reprimido que revelar, pues éste es patente, “a cielo abierto”, como diría Freud. No es cuestión tampoco de conectar saber y goce, pues ya lo están; algo constatable bajo la forma del horror producido por la certeza de saberse objeto de la ignominia del Otro. ¿De qué se trataría entonces? Sabemos que el sujeto psicótico puede emprender diversos tratamientos de ese exceso de goce en su cuerpo (a través de la construcción de una metáfora delirante, de la identificación a un significante ideal, de la invención creacionista, de lo real por lo real, etc.), y muchos parecen excluir el propio trabajo del analista. No obstante, en los casos en que es convocado el analista, éste “presta su significante, su nombre de psicoanalista, y también su presencia, o sea, su capacidad para soportar la transferencia delirante.”¹⁷ A veces es incluso el propio analista quien es llamado en la clínica a ocupar el lugar del *sinthome*, de aquello que repara y *re-anuda* los lapsus del nudo en la estructura del sujeto¹⁸. Tal vez no sea casualidad que en *L’étourdit* Lacan defina el discurso analítico como el solo capaz de fundar un lazo social limpio de toda necesidad de grupo¹⁹, justo después de hablarnos, precisamente, del *dicho esquizofrénico*.

Digamos, para concluir, que en la clínica de las psicosis no existe una intervención estándar, pero tal vez se trate, no sólo de intentar desplegar una barrera frente al goce mortífero, confiando para ello en la *eficacia del significante*²⁰, de la palabra, sino también de confiar en la *eficacia del sujeto*, en la medida en que éste pueda crear, inventar “alguna otra cosa”²¹, esto es, un nuevo saber, un nuevo discurso por fuera de lo establecido, una nueva escritura, capaz de balizar y regular el goce y de poner un poco de orden en ese “desorden provocado en la juntura más íntima del sentimiento de la vida”²².

¹⁶ Soler, C., “El sujeto psicótico en psicoanálisis”, en *Estudios sobre las psicosis*, Buenos Aires, Manantial, 1993, p. 51.

¹⁷ *Ibid.*

¹⁸ Schejtman, F., “El *sinthomanalista* y el analista-síntoma”, *V Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología*, Buenos Aires, 2013, p. 616.

¹⁹ Lacan, J., “L’étourdit”, en *Autres Écrits*, *Op. cit.*, p. 474.

²⁰ Izcovich, L., « Du point du capiton à l’orientation de la jouissance », *Champ lacanien*, 2004/1 (N° 1), p. 56.

²¹ Fierens, C., « Comment faire avec le dit schizophrène ? », *Op. cit.*, p. 117.

²² Lacan J., « D’une question préliminaire à tout traitement possible de la psychose », *Écrits*, Paris, Seuil, 1966, p. 558.